

Música urbana y tormentas de plomo



*Edgar David Martínez García**
allgunsblasting@gmail.com

Dedicado a Alonso y su familia

◆ El lugar

En las faldas de la montaña en donde habita el grueso de la población de Ciudad Bolívar, existe un barrio llamado La Estancia: un puñado de 2.260 viviendas repartidas en 78 manzanas, todas construidas sobre lo que anteriormente era una finca que dejó de serlo a partir de 1980 para convertirse en la casa de 12.000 personas. Además de tener uno de los centros deportivos más grandes y bonitos de la localidad 19, su iglesia con techo de coliseo fue hasta hace poco la más concurrida en el sector, gracias a las facultades chamánicas del párroco —quien bendecía carros y fetiches religiosos, y expulsaba demonios por la no siempre módica suma de lo que Dios colocaba en el corazón del beneficiario—, personaje que a pesar de sus habilidades fue más célebre por una falsa acusación de pedofilia.

◆ Las excepciones

En La Estancia, como en cualquier barrio de la clase media baja bogotana, convergen todos los sueños y los problemas de la vida del obrero: la templanza del busetero que trabaja con la esperanza de ser un pequeño burgués, el ama de casa que busca refugio a sus frustraciones en las novelas de los canales privados, el abuelo que quiso ser aviador, el profesor que ya no sueña o el que sueña demasiado, la jovencita embarazada, el cuarentón desempleado... Todas las historias y fantasías de esa fauna que crece alrededor de la plaza de mercado y de la iglesia como en un pueblo medieval. Un rasgo distintivo de los barrios de la localidad 19 es el estigma de violentos que han soportado por décadas y que acompaña los nombres de algunos de ellos. María Cano, Perdomo, Las Cruces, El Espino, Sierra Morena, entre otros. Sin embargo, La Estancia había escapado del rótulo de muerte y miedo que ha acompañado y empañado a sus vecinos... o así fue hasta ahora.

▶▶ * Estudiante de la Universidad Distrital, 19 años. Taller de El Tunal.

♦ Los truenos y el derrumbe

El 24 de marzo del 2007 los estudiantes de algunos de los colegios que están desperdigados por todo el barrio interrumpieron sus clases para asomarse por las ventanas o las puertas y atender el llamado de tres truenos que irrumpieron el normal desarrollo de la incipiente sinfonía urbana de las 8:00 a.m. No se oyó ni el escándalo de "la loca mechuda del parque" (como la llamaba doña Yineth, la dueña de la panadería) que a esa hora pone a todo volumen un amplificador que vomita la música de moda con la cual baila frente a 10 o 12 viejitos, quienes tratan de seguirle el paso; no se oyó tampoco el ruido de los buses de la Nacional o los colectivos de Sotrandes, ni se dejó oír más el sonido del chorro de agua que golpeaba el fondo metálico del lavaplatos en la panadería de la esquina. Todo paró para concentrarse en la visión de don Sergio*, derrumbado y herido en la entrada de la 59B.

♦ La guardería-garaje-colegio

Dos horas antes, al sonido de las persianas oxidadas de la panadería, los últimos madrugadores abrían sus ojos para dedicarse a los oficios de la higiene inconsciente y al igualmente inconsciente vicio de la televisión. Muchos en la 59B apenas se despertaban, pero don Sergio ya tenía tiempo en pie. Prueba de ello era su camioneta Mazda blanca que había sacado para desocupar el espacio del garaje. Dentro de poco este se transformaría en un pequeño colegio-guardería, que había adquirido cierto reconocimiento dentro de la comunidad debido a que era uno de los pocos (por no decir el único) cuya responsable no era una ama de casa aburrida que cuidaba niños para llenar sus horas vacías y ganar algún dinero; sino una recién graduada especializada en el cuidado de infantes: la hija de don Sergio.

♦ Las certezas y la mala memoria

Al terminar de subir las persianas y al ver el carro blanco, doña Yineth recordó la charla sostenida con doña Laura, la esposa de don Sergio, una semana antes, charla que concluyó con la adopción de una medida de seguridad que duró poco, debido a que ese día que hablaron, un hombre de cabello castaño y vestimenta borrada por la memoria se escondió detrás del poste ubicado frente a la panadería y miraba a su alrededor, particularmente a la camioneta. Doña Laura decidió estacionar el carro en la entrada oriental de la 59B para confiar su cuidado a la atenta mirada de doña Yineth, mientras encontraba un garaje adecuado. La potencia de la palabra no pasó a los hechos y el garaje del Mazda siguió siendo la calle amplia y vacía, cada vez más al frente de su casa, más lejos de la entrada y más cerca del visitante de vestimenta indefinida. "*Seguro que este tipo está detrás del carro*", se dijo doña Yineth con ese sexto sentido del sexo femenino. "*Seguro*", y no se equivocaba.

▶* Los nombres han sido cambiados para proteger la identidad de los protagonistas de los hechos.

♦ El extraño de chaqueta café

El grifo disparaba chorros de agua que parecían miles de agujas acuosas. Todas morían reventadas contra el brillante fondo del lavaplatos. Alguien rasgaba cartulina con unas tijeras de mango negro que igual servían para confección y corte de cabello. Ya la panadería llevaba una hora abierta cuando de repente la mirada de doña Yineth se cruzó con la figura de dos jóvenes y uno de ellos, no sabe por qué razón, le recordó al sospechoso de ocho días atrás. Pero pronto se desentendió del asunto y regresó al lavaplatos. Mientras tanto, su hijo estaba absorto en la tarea de darle forma de máscaras y rostros antropomorfos a unas cartulinas verdes. Entonces sonaron los disparos. Ahora sí doña Yineth entendió por qué razón relacionaba al extraño de chaqueta café con el de pinta indefinida: el foco de atención del nuevo rostro era el mismo y sus movimientos eran casi idénticos a los del viejo desconocido. Se diría que eran la misma persona, salvo que el color del cabello era distinto. A esas conclusiones llegó después, cuando tuvo tiempo de pensar; por el momento se dejó llevar por la histeria que le produjo ver al nuevo rostro disparar contra el piso dirigiendo su cañón muy cerca de don Sergio, quien lo perseguía. “*iEdgar! iEdgar!*”, gritó doña Yineth llamando a su marido y sonó el segundo trueno cuando don Sergio se perdió detrás de las latas de un cambuche que lleva años como proyecto de casa cural. “*iiEdgar!!*”. Volvió a gritar y esta vez la figura de un hombre de 40 años apareció por las escaleras de la casa con chanquetas, pelo enmarañado por los sueños y cara de susto. Sonó el tercer trueno.

♦ El comienzo del viaje

Su mirada se perdía entre las telas de araña que se amarran contra la pupila cuando la vida se escapa. Sus ojos ya no reconocían el espacio ni los rostros que lo rodeaban. Lentamente se entregaba a un sopor que por la expresión de su rostro se diría placentero. Esta vez el último rayo de plomo no era de advertencia como los otros dos y por él había caído en el centro de la calle atravesado de lado a lado. Uno de los vecinos, que había visto cómo el extraño en plena carrera decidió detenerse y darle el tiro definitivo mientras su compinche se subía a un carro rojo que los esperaba al otro lado de la iglesia, salió a socorrer al herido. “*¿Qué pasó?*”, preguntó el vecino al verlo aún vivo y consciente. “*No, es que me iban a robar*”, le contestó don Sergio. “*¿Lo hirieron?*”, le preguntó. “*Si, imire!*”, y exhibió un pequeño roto en el saco que parecía la quemadura de un cigarrillo rodeada de un aura oscura: la mancha de sangre. Ayudado por su vecino, don Sergio caminó hasta las puertas de la panadería donde se derrumbó y comenzó un viaje que no tiene tiquete de regreso.

♦ La nueva mala

El viaje que había iniciado tirado en el suelo lo continuó sentado en la silla trasera del único automóvil que se prestó para tratar de retenerlo en este mundo. La compañía se había

hecho más agradable y conocida, ya que no eran las caras sorprendidas de sus vecinos, sino el húmedo rostro de su hija. El viaje más importante de su vida y el más largo lo había hecho en menos de quince minutos. Don Sergio había muerto. La noticia voló hasta La Estancia por medio de los *walkie talkies* de la Policía y cayó sobre las cabezas de todos como un mazazo seco. Las lágrimas comenzaron a brotar.

♦ El miedo y la protección divina

Después de las indagaciones e investigaciones realizadas por la Policía; después de que la gente se apiñara detrás de las cintas amarillas para saber qué pasaba; después de ver a los niños imitar la suerte de don Sergio; y después de que han pasado unos meses desde que cayó en medio de la calle, el asunto ha sido casi borrado de la memoria de la comunidad. Sin embargo, algo subsiste como un reflejo de lo que sucedió hace tiempo: de aquel día quedó heredado el miedo y la protección de San Manotas, la gigantesca escultura de Cristo que se encuentra frente a la iglesia.